

APUNTE BIOGRÁFICO DEL PROFESOR DOMINGO RAMOS-LISSÓN

Josep Ignasi SARANYANA

Domingo Ramos-Lissón vino al mundo en Madrid, el 25 de mayo de 1930, donde su padre, Don Domingo Ramos Sánchez, trabajaba como alto funcionario del Ayuntamiento capitalino. El recién nacido fue bautizado en la Parroquia de San Jerónimo el Real. Su madre, Dña. Dolores Lissón Fernández, era natural de Murcia. El matrimonio había tenido ya una hija, también Dolores. Padres y hermana fallecieron hace ya algunos años.

En Guardamar del Segura fue a la escuela primaria durante la Guerra Civil española, desde 1936 a 1939. Sus padres, en efecto, se habían trasladado a esa pequeña población mediterránea pocos días antes del estallido de la contienda civil, donde habían adquirido un chalet junto a la playa, y allí les sorprendió el comienzo de las hostilidades, el 18 de julio de 1936. Guardamar es un pueblecito de Alicante, la última población de la costa española en la que se habla valenciano o catalán. Hasta allí, a orillas del río Segura, había llevado sus fronteras el rey Jaime I el Conquistador, a mediados del siglo XIII. Pocos kilómetros al sur de Guardamar se halla Torre de la Mata, donde se habla ya castellano. Estos detalles son importantes, porque explican la fascinación que el Mediterráneo ha ejercido siempre en el Dr. Ramos-Lissón, quien, siendo madrileño, ha mantenido sin embargo estrecha vinculación con Alicante y Murcia durante toda su vida, y una gran admiración por la cultura levantina. Su afición por el mar le llevó, más tarde, a inscribirse en la Milicia Naval Universitaria, a la hora de hacer su servicio militar, llegando a alcanzar el grado de Teniente Provisional de Infantería de Marina.

Terminada la Guerra Civil, el 1 de abril de 1939, la familia regresó a Madrid. El pequeño Domingo, que contaba casi nueve años, fue llevado al colegio de Compañía de Santa Teresa, que se

ubica en las proximidades de la Parroquia de la Concepción, en pleno centro histórico. En esta iglesia recibió por vez primera al Señor sacramentado, el 16 de junio de 1939. Posteriormente pasó al Colegio de la Sagrada Familia, regentado por los Hermanos de la Sagrada Familia, fundación francesa del siglo XIX, donde cursó el bachillerato. Don Domingo recuerda siempre con agradecimiento la buena formación religiosa que recibió en ese centro educativo, que sin duda, pasados los años, dispondría su espíritu para el sacerdocio; y, además, nunca ha decaído lo más mínimo su entusiasmo y admiración por la cultura francesa, particularmente por la ciudad de París y su mundo intelectual, que le inculcaron aquellos venerables religiosos.

Cursó la carrera de Leyes en la Universidad de Madrid, entonces Universidad Central, donde se especializó en Historia del Derecho, a la vera del Prof. Alfonso García Gallo, del que fue ayudante de cátedra en la Facultad de Derecho, durante tres años, mientras disfrutaba de una beca del Instituto Nacional de Estudios Jurídicos. De García Gallo aprendería la acribia en el manejo de las fuentes medievales y la importancia de las instituciones a la hora de configurar una investigación histórica. En el mencionado Instituto Nacional de Estudios Jurídicos conoció a Alvaro d'Ors, eminente especialista no sólo en Derecho Romano, sino también en Historia del cristianismo en la Antigüedad tardía, con quien ha mantenido buena amistad a lo largo de los años, y de modo más continuado desde que coincidieron en la Universidad de Navarra.

Después, se trasladó a Roma, donde cursó sus estudios de Sagrada Teología, doctorándose en 1960, bajo la dirección de Mons. Ferdinando Lambruschini, quien posteriormente sería arzobispo de Perugia. Su tesis, titulada: «La ley en Domingo de Soto», se publicó íntegramente en 1976, por Ediciones Universidad de Navarra¹. En esta obra conjuga la formación histórico-jurídica, adquirida directamente de García Gallo, con su nueva y firme preparación filosófico-teológica. En Soto, gran maestro salmantino

1. Ya había adelantado parte del contenido en la revista «Scripta Theologica» 5 (1973) 91-126. Volvió sobre Domingo de Soto en su colaboración en el X Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra. Véase VV.AA., *Evangelización y teología en América (siglo XVI)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1990, pp. 1013-1020.

del XVI español, quizá más especulativo y penetrante que Francisco de Vitoria, descubrió Ramos-Lissón la norma jurídica como participación de la ley eterna. Esta cimentación trascendente del edificio legislativo le permitió ampliar las perspectivas de la «escuela de Hinojosa» (la «escuela metódica» de los historiadores del Derecho de la Universidad de Madrid), prevalente allí desde primeros del siglo XX, superando el positivismo histórico en el que Don Domingo se había formado; y, al mismo tiempo, le habilitó para intervenir con gran solvencia en los debates que, en torno a los años 1975 y siguientes, agitaron el mundo intelectual español, metido de lleno en lo que la historiografía ha denominado «etapa de transición», previa a la aprobación de la nueva Ley constitucional del Estado Español, en diciembre de 1978. Estudiando a Soto se adentró, además, en la teología medieval, de la que Soto es tributario en tantos temas y crítico en muchos otros.

Durante su estancia en Roma, Ramos-Lissón vivió en el Colegio Romano della Santa Croce, cuando éste todavía tenía su sede en Villa Tevere, en Viale Bruno Buozzi, lindando con Villa Borghese. Allí, junto al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Don Domingo disfrutó, durante varios años, de una inmejorable ocasión para madurar su vocación al sacerdocio y para romanizarse intensamente. Desde entonces ha conservado un entrañable amor a la Ciudad Eterna, donde tuvo su cátedra el Apóstol Pedro y donde los primeros cristianos dieron tantos testimonios heroicos de su fe, hasta el martirio. Además, la importancia que el Beato Josemaría Escrivá otorgaba a los primeros cristianos, como testigos de secularidad cristiana, despertó en él un vivo interés por la Iglesia primitiva. Todo esto, evidentemente, se ha reflejado luego en muchas de sus publicaciones y, muy particularmente, en sus lecciones académicas.

Estando en Roma, Ramos-Lissón amplió también el círculo de sus amistades y entró en relación con el Prof. Michele MacCarrone, Profesor de Historia de la Iglesia, por aquel entonces, en la Universidad Lateranense y, más tarde, desde 1963, presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche, hasta su fallecimiento en 1993. Con él mantuvo estrecha amistad y de él aprendió a destacar el papel del primado romano en la Historia de la Iglesia.

Don Domingo, junto con otros tres miembros del Opus Dei, recibió la ordenación sacerdotal el 21 de diciembre de 1959, en la

Pontificia Basílica de San Miguel de Madrid, de manos de Mons. Ildebrando Antoniutti, entonces nuncio de la Santa Sede en España. Posteriormente se dedicó intensamente a la tarea pastoral, sucesivamente en Valencia, Asturias, Galicia y Murcia. Durante su estancia en Murcia, de 1969 a 1970, fue ayudante de la cátedra de Derecho Romano de aquella Universidad, compaginando sus tareas investigadoras con su trabajo sacerdotal. Como se puede apreciar, los estudios históricos seguían acompañándole.

En Murcia, nuevamente en el Levante español, donde había pasado su niñez; en las tierras por las que habían desfilado cartagineses y romanos; en la antigua marca bizantina, en la que habían acampado las legiones imperiales de Oriente; por donde entraron brotes de nestorianismo que después originarían el adopcionismo hispano; en los mismos lugares en los que arraigó durante siglos un peculiar mestizaje hispano-árabe; en fin, en esa tierra verdadera encrucijada de culturas y religiones, Ramos-Lissón cimentó su cariño por la Historia antigua de la Iglesia, es decir, por sus seis primeros siglos, y empezó a familiarizarse con los escritos de los Padres latinos y visigóticos. De este bienio murciano es una importante monografía sobre el testimonio de los primeros cristianos, publicada en 1969. Más tarde, en 1979, volvería sobre el tema en otro libro en que habría de analizar la espiritualidad cristiana de los comienzos de la Iglesia.

En 1971 se incorporó al claustro de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, siendo Decano el Prof. José M. Casciaro. Comenzó entonces su estrecha colaboración con el Prof. José Orlandis, por aquellos años director del Instituto de Historia de la Iglesia, con quien publicó, primeramente en alemán (1981), y después traducida al castellano (1986), una gruesa y bien documentada monografía sobre los concilios hispano-romanos y visigodos. Esta magna obra sobre los sínodos de la Península ibérica anteriores a la invasión islámica, a la que acabo de referirme, entró en la colección «Konziliengeschichte» (serie A: «Darstellungen»), dirigida por el Prof. Walter Brandmüller.

A mediados de la década de los setenta, en efecto, Don Domingo había establecido firmes lazos de amistad con el Prof. Brandmüller, entonces Ordinario (catedrático) en la Universidad de Augsburgo y presidente de la «Societas Internationalis Studiorum Historiae Conciliorum Investigandae». Por tal motivo, desde

1976 ha sido uno de los habituales en los congresos que periódicamente organiza esta sociedad de historiadores y teólogos, en la que se hallan representadas las principales figuras europeas, y aun de otros continentes, de la historiografía conciliar. El conocimiento directo de muchos lugares donde se habían celebrado los concilios de la Antigüedad y de la Edad Media (Constantinopla, Jerusalén, Toledo, Nicea, Florencia, etc.) enriquecieron los horizontes vitales del Prof. Ramos-Lissón y le ayudaron a contextualizar mucho mejor aquellas venerables asambleas sinodales, con una relación directa y experimental con las gentes, culturas y lugares donde se forjaron las expresiones dogmáticas más relevantes de la fe, alcanzada la paz constantiniana. Al mismo tiempo, el trato y el intercambio científico con tantos colegas de otras naciones, le abrió al mundo historiográfico y teológico alemán y francés, que entonces, y quizá todavía ahora, se hallaba a la vanguardia de la producción científica en esos campos del saber. Fruto de su familiaridad, cada vez mayor, con el fenómeno sinodal, que es, sin duda, una de las principales manifestaciones de la *communio ecclesiastica*, Don Domingo publicó una excelente síntesis histórica sobre los concilios ecuménicos, que vio la luz en 1998, en el *Diccionario de los papas y de los concilios*, promovido por el Prof. Javier Paredes.

Algunas amistades iniciadas y consolidadas en aquellas primeras reuniones de la «Societas Internationalis» se mantienen vivas: ya hemos citado su avenencia con el Prof. Brandmüller, recientemente nombrado presidente del Pontificio Comitato di Scienze Storiche. Debería referirme aquí también a los Profesores Vittorio Peri, *Scriptor graecus* emérito de la Biblioteca Vaticana; al Prof. Jacques Fontaine, del Instituto de Francia, a quien ha acompañado en alguna de las sesiones parisinas del grupo «Sources chrétiennes»; al Prof. José Blázquez, ahora emérito de la Universidad Complutense de Madrid; etc.

Hemos hablado de sus grandes amigos. Pero no podemos pasar por alto su relación con el mundo patristico oxoniense, particularmente con el Prof. Henry Chadwick, con quien inició un trato amigable e intenso cuando se conocieron en la «Eighth International Conference on Patristic Studies» de Oxford, celebrada en 1979. Desde entonces, Don Domingo no ha dejado de asistir a esas conferencias patristicas internacionales. Ni podemos olvidar tampoco su integración en la «Association Internationale d'Étu-

des Patristiques», con sede en París, de la cual es corresponsal en España, y con la que mantiene estrechos vínculos desde hace dos décadas.

Se puede afirmar, en definitiva, que el estudio de la Patrística ha tenido un lugar preferente en la vida académica del Prof. Ramos-Lissón. Sus investigaciones en este campo abarcan un amplio espectro temático y temporal, que va desde la novedad cristiana y los Padres apologistas del siglo II, hasta la cristología de San Isidoro de Sevilla († 636). De todos modos, es de justicia señalar su interés por la figura de San Ambrosio de Milán, a quien ha dedicado importantes trabajos de hermenéutica, traducción y estudios. En este apartado hay que mencionar también sus contribuciones patrísticas y hagiográficas publicadas en el *Marienlexikon* (Ratisbona-St. Ottilien) y en el *Lexikon für Theologie und Kirche* (Friburgo de Brisgovia).

Muchos de sus amigos intervinieron en un memorable simposio internacional sobre las relaciones entre la fe y la cultura, celebrado en la Universidad de Navarra, en noviembre de 1994, bajo los auspicios del Pontificio Consejo para la Cultura, presidido por el Cardenal Paul Poupard. Las actas, dirigidas por los Profesores Marcelo Merino, Albert Viciano y por el propio Ramos-Lissón, aparecieron en 1996. Allí, entre los ponentes, están Henry Chadwick (Oxford), Ysabel de Andía (París), Hubertus Drobner (Paderborn), Michel van Esbroeck (München), Jean Gaudemet (París), Vittorio Grossi (Roma), Antonio Quacquarelli (Roma) y Christopher Stead (Cambridge), además de sus colegas de Pamplona José Orlandis y Pedro Rodríguez.

Volviendo atrás en el tiempo, en enero de 1985, Don Domingo obtenía, por concurso público de méritos, la condición de Profesor ordinario de «Historia de la Iglesia (Edad Antigua) y Patrología» en la Universidad de Navarra, alcanzando, de esta forma, la culminación de su carrera académica; y poco después, en 1990, sucedía a Don José Orlandis en la dirección del Instituto de Historia de la Iglesia, hasta 1996.

Sus relaciones con los patrólogos españoles también han sido intensas. Desde sus inicios, hacia 1986, forma parte del Comité Científico de la Colección «Fuentes Patrísticas», de la Editorial Ciudad Nueva (Madrid). Precisamente en esta colección ha publicado los Tratados «sobre las vírgenes y sobre las viudas» de San

Ambrosio de Milán, en edición bilingüe latín-castellana, con abundantes referencias bibliográficas y notas aclarativas.

Recientemente, Ramos-Lissón ha iniciado su aventura americana, como *Gastprofessor* de la Universidad Católica de Chile, donde ha dictado cursos de patrística para teólogos e historiadores.

Otra faceta importante de la personalidad de Don Domingo es su amor a los libros, particularmente a los libros antiguos. Es una afición heredada de su padre, a quien acompañaba, siendo niño, por los puestos de viejo del Rastro madrileño y a la Feria del Libro. Posteriormente, y como sabemos quienes le conocemos de hace tiempo, no pierde nunca la oportunidad de visitar a los librerías de viejo de las principales capitales europeas, cuando pasa por ellas: las librerías de Roma, París, Louvain, Oxford y Londres le conocen bien. Quizá por ello, y durante muchos años, Don Domingo ha sido vocal y asesor de la Junta de las Bibliotecas de la Universidad de Navarra, desarrollando una actividad notable, enriqueciendo los acervos bibliográficos de este centro docente, sobre todo en las áreas jurídica, histórica y teológica. Son muchas las revistas cuyos fondos antiguos él ha completado pacientemente, las colecciones agotadas que ha podido reconstruir, las monografías ya muy raras que ha hallado en inverosímiles rincones de viejo... Sólo por esto, los colegas tendríamos que guardarle eterno reconocimiento.

Pero nuestro agradecimiento primero y principal es por haberle tenido con nosotros durante tantos lustros, en que nos ha honrado con su amistad, con su amena conversación y con sus vastos conocimientos histórico-teológicos, particularmente sobre los siglos post-apostólicos y tardo-antiguos.

Su amplia producción científica podrá verla el lector en el siguiente trabajo de esta miscelánea, en el que la Dra. Elisabeth Reinhardt, editora del volumen, ha controlado con gran pulcritud y atención el *curriculum operum* del Prof. Ramos-Lissón.

Sólo nos resta ahora, en nombre de todos sus amigos y en el mío propio, desearle muchas felicidades en su próximo cumpleaños jubilar. *Ad multos annos!*